Carl Schmitt: mito político, antirracionalismo y construcción de la identidad nacional

Gonzalo Jara

Resumen

El siguiente artículo busca dilucidar el concepto de mito político o social en Carl Schmitt y de cómo este transcurre al rededor de su filosofía. El filósofo alemán, logra articular la idea de mito político a través del teórico del sindicalismo revolucionario Georges Sorel y desde ese momento se comienza a hacer partícipe de una posición antirracionalista que se venía dando en la filosofía occidental desde finales del siglo XIX. El neutralismo de la modernidad desata una concepción vitalista sobre la creencia de un mundo en conflicto total, donde la imagen de la nación se convertirá en el pilar de una nueva representación mítica.

Palabras claves: mito político, antirracionalismo, soberano, decisionismo, nación.

El rango de un intelecto es hoy determinado por su relación con el armamento. Usted ha logrado poner a punto una técnica de guerra particular: una mina que explota sin estruendo.

Ernest Jünger, palabras dirigidas a Carl Schmitt

El mito político y su época

Las ideas políticas de finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX se vieron revitalizadas gracias a la problemática que entregó el concepto de mito político. En esos casi 40 años, la izquierda como la derecha comenzarán a reestructurarse y a pensar cuáles eran los nuevos objetivos a seguir en lo relacionado a la acción política. Desde de ese momento, la discusión se centra en la movilidad de las masas y en su praxis política

inmediata, que algunos comienzan a visualizar desde el mito político. Sin embargo, para algunos intelectuales esta sincronización de ciertos grupos políticos con el mito llevó a un decaimiento total y aberrante de todas las construcciones racionales entregadas por la modernidad, tales como la libertad, la democracia liberal, la igualdad y lo que se había comprendido como Estado soberano. Así también, sentían que se estaban destruyendo las construcciones morales universalistas reafirmadas en el insoslayable imperativo categórico, como también se ponían en cuestión los principios mecanicistas y finalistas de las ciencias, las construcciones *a priori*, etc. Estos constructos modernos se vieron combatidos por las ideas que se introducían en la política a través de la creencia en el mito, comienza a aparecer el pragmatismo, el relativismo, el vitalismo y una nueva concepción de lo religioso en lo social que encerraba una fuerza teológica novedosa y nunca antes desarrollada en la movilidad de las masas. Todo esto descolocaba a los intelectuales, filósofos, juristas y literatos pues estos veían como sus contemporáneos se enmarcaban en las nuevas tendencias irracionalistas que se introducían con una fuerza sorprendente y la vez peligrosa.

El autor que analizaremos para obtener una lectura del mito político será Carl Schmitt. El filósofo alemán desarrolla su teoría política desde construcciones irracionalistas que se oponen por completo a la modernidad y a su cumulo de ideas desgastadas por la guerras mundiales y los tratados internacionales de posguerra. Schmitt, nos planteara una estructura de imágenes míticas que tendrán relación tanto con la movilidad de masas, como también, con su concepción jurídica de soberanía nacional del fascismo.

El soberano, la excepción y el decisionismo como bases para la comprensión del mito en Carl Schmitt

En el texto de Schmitt titulado *Teología política* (1922), se estructuran tres de los conceptos que se presentan como una base irracionalista del ideario político del jurista alemán, estos son el de Soberano, el estado de excepción y el decisionismo. Los tres se requieren unos a otros para su activación, pues no funcionarían eficazmente por si solos. El concepto de soberano, sustentaría a la decisión y a la excepción, ya que este les daría el poder de movilidad que necesitan, pues en él está la representación que implica la reducción constante de la multiplicidad de intereses y provocaría la concentración necesaria de la fuerza.

Para Schmitt “Soberano es quien decide sobre el estado de excepción” (Schmitt, 2009: 13). Analicemos la citada frase de Schmitt en sus tres partes las cuales ya nombramos, la de “soberano”, “estado de excepción” y el “decisionismo”. El filósofo alemán, cree que el soberano es el que logra tomar decisiones en casos de conflicto en momentos límites de extremos de desorden, esto, para poner en construcción un orden jurídico nuevo y antojado, el cual de una u otra forma mantendría el derecho que había sido pasado a llevar. Para Schmitt, estos momentos límites son una constante en la vida política. El soberano decide cuándo debe darse la excepcionalidad. En Schmitt, la excepción es un momento jurídico que no se comprende dentro de la razón jurídica moderna, sino que es espontánea: “lo excepcional es que no se puede subsumir; escapa a toda determinación general, pero al mismo tiempo pone al descubierto en toda su pureza un elemento específicamente jurídica, la decisión” (Schmitt, C, 2009: 18). La excepción crea situaciones a través de la decisión del soberano, en donde se pueden reafirmar ciertos preceptos jurídicos esenciales que tienen relación directa con el orden inmediato. El soberano, luego crea las situaciones necesarias para el estado de excepción y asume de esta forma el monopolio de lo que significa la última decisión. Schmitt cree que esto es la base de la soberanía del Estado. La excepción es una herramienta irracionalista que el soberano puede utilizar antojadizamente para destruir la repetición en la vida política. Schmitt nos comenta:

El racionalismo consecuente sería decir que la excepción nada prueba y que solo lo normal puede ser objeto de interés científico. La excepción perturba la unidad y el orden del esquema racionalista [...] lo normal nada prueba; la excepción todo; no solo confirma la regla, sino que esta vive de aquella. En la excepción, la fuerza de la vida efectivamente hace saltar la costra de una mecánica anquilosada en repetición [...] (Schmitt, 2009: 19 -20).

La excepción entonces es un medio para sacarnos del hastio de las generalidades de la razón, que nos hacían negar las potencias creativas y vitales de la acción inmediata. Ésta le permite al soberano crear espacios nuevos de poder, lo aleja de la norma, lo separa de la tranquilidad política que impone la racionalidad jurídica kantiana moderna y destruye lo repetitivo e inmóvil que se visualiza en las leyes constitucionales.

La decisión que concibe el estado excepcional nace de la nada, pero esta nada guarda las características de ser creadora, pues avanza sin amarras que la detengan, ésta no tiene argumentos previos, solo tiene la mi-

sión de crear situaciones nuevas nunca antes vistas, estas es “una decisión absoluta, creada de la nada, que no razona, discute ni se justifica” (Schmitt, 2009: 57). La decisión es la acción misma que se pone en marcha sin restricciones preconcebidas, el soberano en este momento se convierte en una especie de subversivo revolucionario (Galli, 2008: 45) que destruye el orden viejo para imponer un orden nuevo que está dispuesto a cambiar, este no será neutral ni quietista, como lo es el Estado moderno y liberal, sino que lo integra a un conflicto permanente.

Entendiendo esto, podemos decir junto con Galli que; “el mito es en resumidas cuentas, la forma histórica de la excepción, y sus sujetos son los partidos de masas [...]” (Galli, C, 2008: p 37). Entonces, lo que llamaremos mito político en Schmitt tendrá tres características necesarias ya antes nombradas: el decisionismo, la excepción y el soberano, pero se presentaran de manera distinta según sean las circunstancias históricas y políticas de quien los active en las masas.

La teoría política del mito en Schmitt: El mito-nación

El jurista alemán, en el texto *La teoría política del mito* (1923) comienza analizando la acción directa utilizada por los anarquistas y su poder explícitamente irracionalista. Schmitt, creía que en esta forma de acción muchas tendencias políticas podían actuar a la vez. Entendía a los bolcheviques como herederos de esta manera de práctica revolucionaria (propiciada históricamente por el anarcosindicalismo), creía que la época de la acción directa fue la que impulsó en suelo ruso la Revolución de Octubre, ya que en ella existían varias tendencias funcionando. Schmitt escribe sobre la razón de esta afirmación:

La razón es que operaron conjuntamente temas nuevos, irracionalistas, de la aplicación de la violencia. No fue el racionalismo convertido en su opuesto por una exageración extrema, fantaseando utopías, si no una nueva fe en el instinto y la intuición, que elimina toda creencia en el debate, y que también rechazaría hacer madurar a la sociedad para el debate a través de una dictadura educativa (Schmitt, 2009: 142).

La acción directa que se aplicaba en esa época, estaba influida según Schmitt, por las ideas que se manifestaban en *Reflexiones sobre la violencia* (1908) de Georges Sorel (autor que Schmitt hizo conocido en lengua alemana). Schmitt, cree que en ese texto se hacen explícitas las tendencias políticas y filosóficas entregadas por Bakunin, Proudhon y por el filósofo

de la *Duración*, Henri Bergson. El jurista alemán nos escribe que: “El fundamento de estas reflexiones sobre la violencia es una teoría de la vida concreta inmediata, tomada de Bergson y trasladada por la influencia de dos anarquistas, Proudhon y Bakunin, a los problemas de la vida social” (Schmitt, 2009: 143).

La lectura de Bergson es de gran interés para entender *Reflexiones sobre la violencia*, a lo cual Schmitt le da una gran cabida en su texto, dado que Bergson no solo influencia directamente a Sorel, sino que también, a muchos autores a los cuales Schmitt presta atención. Bergson aporta los conceptos filosóficos para la estructuración del mito político, pues en su *Evolución creadora* (1905) plantea el descubrimiento metafísico del *elan vital* (impulso vital) el cual, es un desarrollo de la vida a través de tendencias antagónicas que luchan para superarse y de esta forma evolucionar. Estas tendencias que se movilizarían a través de la *intuición* que es la comprensión profunda de los objetos y de lo que tienen de inexpresables y por lo mismo, superarían el conocimiento superficial de la razón, entonces, para Bergson la inteligencia y la razón no serían buenas herramientas para conocer lo real. La intuición, nos permite concebir un espacio en donde la temporalidad se convierte en una duración imperecedera, la cual no tiene relación con el futuro sino con una acumulación entre pasado y presente, pues lo que se encuentra fuera de esto serían abstracciones que no nos permitirían llegar a la acción. El reconocimiento de este tiempo en duración, solo puede proceder de un principio psicológico llamado por Bergson el *yo profundo*, (contrario al yo superficial de los conceptos geométricos y las construcciones mecanicista y finalistas) este solamente es contemplado a través de un pensamiento arcaico llamado por Bergson *lo religioso* el cual se muestra contrario a la inteligencia, pues esta última nos lleva solamente a pensar concepciones utilitarias e individualistas. El pensamiento religioso, permitirá dejar eclipsada a la inteligencia y dejaría avanzar a la pura intuición. Según Schmitt, estas ideas vitalistas de Bergson se reafirmarían en Sorel a través de las lecturas de Proudhon y Bakunin¹, nos explica Schmitt:

¹ Proudhon y Bakunin son la imagen del conflicto totalizado para Schmitt. En una época de su vida Proudhon era un adherente a la guerra y esta actitud influenció directamente en la filosofía de Sorel. El tema de la guerra es desarrollado por el filósofo del federalismo en un libro que causó revuelo en su época el cual tenía por título *La Guerra y la paz* (1861), podemos leer en un fragmento del texto: “La guerra es el fenómeno más profundo, más sublime de nuestra vida moral. ningún otro puede compararsele: ni las celebraciones imponentes al culto, ni el poder soberano, ni la gigantesca creación de la industria [...]”

[...] para estos últimos, el anarquismo significa un combate contra toda especie de unidad sistemática, contra toda la uniformidad centralizada del Estado moderno, contra la burocracia, la policía, contra la creencia en dios experimentada como centralismo metafísico [...] Bakunin confiere a ese combate contra dios y el Estado el carácter de un combate contra el intelectualismo y contra la forma tradicional de cultura en general [...] tampoco la ciencia tiene derecho a gobernar. Esta no es la vida, no crea nada, solo construye y conserva [...] sacrifica la plenitud individual de la vida en el altar de la abstracción [...] (Schmitt, 2010: 144).

Todo lo que considera Schmitt en Sorel es que existe una coalición de las ideas del anarquismo con las ideas vitalistas de Bergson. Pues Sorel, mezcla la idea de la intuición con la idea de la revolución social, pero entregándole movilidad desde las imágenes que da el mito, pues desde el instinto mismo surge la imagen del mito político que aparece como la representación de la batalla final o el de la catástrofe capitalista. Sorel, construye la imagen de la *huelga general* que es la que le dará el poder definitivo al proletariado para presentar su supremacía moral ante la decadencia de la burguesía. Estos últimos se encuentran en esta condición por el hecho de no haberse podido reconocer como una clase productora y por haberse dejado llevar por el ocio. Cuestión que había sido distinta en sus inicios, dado que antiguamente los capitalista habían logrado presentarse como “capitanes de la industria” y amos de la producción, como una entidad verdaderamente revolucionaria.

(Cuvilliere 1986: 204).

Bakunin, es al activista más interesante de la extrema izquierda que nos presenta Schmitt cuando quiere remarcar el concepto de lo político. El filósofo alemán respeta del anarquista ruso sus concepción sobre la teología política y su crítica sobre las ideas absolutas. Bakunin, de alguna forma también ayuda Schmitt a analizar el antagonismo de clases, el que se convierte en la prueba máxima de las visión del mundo amigo-enemigo, puesto que representa el conflicto constante. Schmitt, presenta a Bakunin como una fuerza antiintelectualista e intuitiva que le permite analizar la representación más poderosa de la movilidad de masas, especialmente a través de su concepto de *lumpenproletariat*, (según Schmitt, Marx y Engels critican al lumpen, traicionándose de esta forma a ellos mismos, llevando con esto a que sus ideas sean serviles a la cultura y la tradición de Europa occidental) el cual se manifestaría como la masa que construiría el futuro de la revolución. Schmitt, pone asentó en esta fuerza reivindicada por Bakunin, advirtiendo al catolicismo que es potencialmente su verdadero enemigo antes que la clase trabajadora de la que hablaban los marxistas. Para Schmitt el antagonista de la iglesia fue la masonería y su pensamiento ilustrado, ahora párese ser Bakunin, sus ideas anarquistas y ateas contrarias a la civilización occidental (cf. Schmitt, 2001: p.45- 49).

Schmitt, está interesado en el poder de representación que tiene el mito político del que hablaba Sorel, dado que la representación en la imagen mítica es lo que lleva a la movilidad de las masas a situaciones heroicas indeterminadas. Sorel no está interesado en la imagen en la que sea plasmado el mito, tampoco es de mucha importancia para él, dado que la imagen puede mutar, es solo importante como medio de movilización. Escribe Sorel:

[...] poco importa, pues en saber en qué medida los mitos encierran detalles destinados a manifestar realmente en el plano de la historia futura; no son almanaques astrológicos; hasta puede suceder que nada de lo que contiene ocurra, como sucedió en lo referente a la catástrofe esperada por los primeros cristianos. ¿Acaso no estamos acostumbrados, en la vida corriente, a reconocer que la realidad difiere mucho de las ideas que nos habíamos forjado antes de actuar? Y eso no nos impide seguir tomando resoluciones [...] (Sorel, 2005: 180).

Schmitt comprende “que hay que juzgar al mito como medio de actuar en el presente [...]” (Sorel, 2005: 180), lo único que importa es el mito en su conjunto, nos dice Sorel que “sus partes solo ofrecen interés por el relieve que aporta a la idea contenida en su construcción” (Sorel, 2005: 180). El jurista alemán concibe la posibilidad de cambiar la forma del mito de Sorel, pero manteniendo su contenido, la idea central del mismo que permite la representación y la acción sin ningún obstáculo.

Schmitt, reconstruye el mito resaltando sus estructuras heroicas, morales y combativas que éste guardaba, (las cuales Sorel decía que eran las características del proletariado industrial al presentarse como sujeto abrasado al ideario mítico) de esta forma, Schmitt comienza a buscar en el teórico del sindicalismo revolucionario francés su propia imagen mítica, la cual guardara las mismas características vitalistas, irracionalistas y violentas que presentaba Sorel en sus textos de 1908.

Schmitt, interpreta el apéndice escrito por Sorel en *Reflexiones sobre la violencia* para su cuarta edición de 1919, el cual llevaba el título de *Defensa de Lenin*. En este apéndice Sorel muestra su afinidad con la revolución y en especial con su líder Vladimir Lenin al que compara con Pedro el grande². Schmitt, tiene una lectura propia y a la vez reaccionaria

² En el texto titulado *La Teoría del partisano* (1963), Schmitt sitúa a Lenin como teórico de la guerra de guerrillas y como un continuador de las ideas del teórico de la guerra Clausewitz, ya que Lenin había comprendido que el concepto de la guerra misma había

de este apéndice, la que es centrada en el poder nacional que reivindica la revolución Rusa;

Rusia ya no se asimila con un intelectualismo europeo-occidental, sino que por el contrario, la utilización proletaria de la violencia ha logrado al menos algo: que en Rusia nuevamente sea rusa, que Moscú sea capital otra vez, y que la clase dirigente rusa, europeizada, que desprecia su propio país, haya sido aniquilada. La utilización proletaria de la violencia ha de vuelta la Rusia moscovita. [Ahora refiriéndose a Sorel] En boca de un marxista internacional, ese es un extraño elogio, pues muestra que la energía de lo nacional es más grande que la del mito de la lucha de clases (Sorel, 2010: 150).

Para Schmitt, la lucha de clases está superada por la fuerza del nacionalismo, de todas formas, agrádesse la energía que esta lucha brinda, pero resalta que la nueva movilidad de masas estará centradas en lo nacional, es decir, En las representaciones que esta implica: en la tradición, en su raza y su cultura. Schmitt, cree que el mito de la nación es triunfante impulsivamente, ya que el mito de la lucha de clases representado en la huelga general proletaria es superado como dinámica permanente frente a la representación nacional.

La nación, según Schmitt, trasciende a las clases sociales, esta se convierte en una entidad unificadora mucho más fuerte a niveles geopolíticos que la de las clases sociales que reivindicaban la izquierda revolucionaria. El pensador alemán finiquita su texto *La teoría política del mito* con el célebre discurso de Mussolini pronunciado en 1922 en la marcha sobre Roma para resaltar esta nueva imagen:

Hemos creado un mito, el mito es una creencia, un noble entusiasmo, no necesita ser realidad, es un impulso y una esperanza, fe y coraje, nuestro mito es la nación, la gran nación, de la que queremos hacer una realidad concreta (Schmitt, 2010: 152).

cambiado, que el mundo debía cambiar a una división de su espacio. Lenin, entendió la idea de guerra permanente y también era un defensor de la utilización todos los medios que sean necesarios para llegar a la revolución comunista en todos los países. Para Schmitt, Lenin desde su texto *¿Qué hacer?* de 1902 hasta 1906 estuvo preocupado en llevar a cabo la construcción del antagonismo de amigos-enemigos a nivel mundial visualizado en la guerra de clases y construyendo con esto la “guerra total” que luego pasaría reafirmarse como la “Guerra Fría” dos bloques en pugna constante por el territorio (cf. Schmitt, 1966: 69-77).

Ahora debemos armar e este nuevo mito versado en la “creencia” y en el “coraje” nacional. Debemos integrarle a este mito el concepto de soberano, que lo entenderemos como el representante directo de la nación, puesto que puede estar representado en un solo individuo como también en un partido único. Estos soberanos nacionales, tendrían las facultades irracionalistas del poder decidir sobre la excepción a su antojo, se presentarían como la creación de una fuerza centrífuga permanente (pues excluiría del territorio entidades no deseadas) en la cual el mito-nación siempre se presentaría como una fuerza revolucionaria dado su dinamismo.

Interpretando lo ya antes dicho con la lectura del documento de Schmitt *El concepto de lo político* (1932), el soberano será quien tendrá la facultad de observar el mundo entre amigo-enemigo, comprendiendo siempre que el soberano no solo está manifestándose a sí mismo, sino que también a algo anterior a él, pues lo político tiene su nacimiento para el filósofo alemán antes que el Estado como institución jurídica. Como diría el mismo Schmitt: “El concepto de Estado supone el de lo político” (Schmitt, 1998: 49).

La nación, que superaría al Estado como entidad política, se manifiesta como anterior a todo orden moderno. Según Schmitt, se presenta en la afinidad que tienen los hombres con su espacio territorial, que es a la vez anterior a la construcción del Estado ya que es en ese territorio donde los hombres han desarrollado su espacio vital. La nación, se convierte en algo puramente político, algo que se encuentra en negación al quietismo del Estado liberal y neutralista. El Estado neutral del liberalismo, no permitiría la representación a través de la aclamación popular. Para Schmitt, esta es la que se presenta como la verdadera forma de representación, pues es la que le entrega la verdadera fuerza al soberano, ya que es intuitiva y manifiesta directamente un “dejar hacer” y permite la entrega total de la voluntad de los participantes. La nación, tiene este poder irracionalista y a la vez por sí misma tiene la facultad de comprender quienes son los amigos y los enemigos. La nación, identificaría tanto a los enemigos externos como a los internos, ya que se maneja a sí misma por un impulso más que por un racionamiento, es la negación absoluta de lo otro, es marcar el conflicto total con lo que es ajeno a su espacio y también con lo que se manifiesta en contra de él.

El mito de la nación de Schmitt se mantendrá con sus características primarias, pues guardará su poder destructivo con finalidades constructivas constantes, mantendrá su irracionalismo, su vitalidad y por último

su pragmatismo, que se manifiesta en el estado de excepción en donde el soberano decide instintivamente que es lo beneficioso y lo desfavorable para la mantención del derecho en su espacio.

El kate-chon como limitación mítica originaria

Pero existe una imagen mítica que se desprende del mito-nación, el cual comienza a reestructurarse en las problemáticas territoriales y sus aspectos sobre soberanía. Schmitt, en su etapa de vejez pone el acento en el estudio sobre la política internacional, especialmente en su texto titulado *El nomos de la tierra*, en el cual se hace palpable lo que nos dice el jurista en relación a la historia cristiana: “la singularidad de las acciones humanas solo se hace inteligible en cuanto se refiere a la singularidad de la historia infinita de los sucesos centrales de la historia Cristiana” (Schmitt, 2002: 22). Schmitt nos pondrá en la palestra uno de estos temas históricos para la comprensión del problema de la soberanía.

Según Schmitt, en la época medieval los místicos cristianos creían en una línea divisora invisible que mantenía a los pueblos que profesaban esta religión protegidos del *anticristo* que rondaba a las a fueras del mundo creyente. Esta fuerza, que lleva el nombre de kat-echon es la que permite al imperio cristiano mantenerse históricamente como un espacio determinado e unificado. Schmitt, dice sobre el kat-echon que es “la creencia de que una barrera que retrasa el fin del mundo, constituye el único puente que conduce a la paralización escatológica de todo acontecer humano a una fuerza histórica tan extraordinaria como la del tiempo cristiano” (Schmitt, 2002: 24).

Esta división invisible que nos protege del fin del mundo sería la única que nos permitiría poder comprender la época cristiana en donde la iglesia mantenía algún poder en el espacio. Esta línea sería la que posibilitaría al imperio cristiano “vivir una vida bella y autárquica”, la aparición de la *cummunitates perfectae* aristotélica y una esperada unidad trascendental.

La fuerza de esta línea invisible, trasciende toda clase de poder mundano, esta se encuentra sobre emperadores y reinos, no se presentara como la extensión del poder de una corona, no existe una fuerza absoluta que lo supere, dado que la unificación del reino cristiano y su dignidad esta resguardado por esta línea divisora. Esta fuerza anula toda clase de cargos y su poder viene de una esfera totalmente distinta a los hechos profanos.

Pero el kat-echon muta desde el imperio cristiano al cesarismo, provocando que este poder se manifieste en un espacio no cristiano, manteniendo a la vez sus características. Esta transformación del kat-echon se haría total, trasladándose a los espacios tomados por la revolución francesa y que se manifestaran a cabalidad en el territorio tomado por el bonapartismo. El kat-echon se logra visualizar en un reino nuevo y laico, el cual se fundamentaría en el país y en el pueblo, es decir; en la nación. Este ordenamiento no queda marcado en un asentamiento seguro, sino que en un espacio que busca el desequilibrio de las fuerzas internas y externas a nivel global, exige la separación y la distinción radicalizada pero a la vez la unificación del espacio.

El Estado fue siempre explicado por Schmitt con posiciones no Estatistas. Se refería a él cómo *el poder constituyente, la excepción, decisión, lo político y pueblo*. Pero en su libro *El nomos de la tierra* (1950) nombra al Estado como nomos, el cual pasaría a constituirse como su fuerza no racional del espacio. El nomos es el espacio primigenio que se aleja de las construcciones modernas y de las especulaciones contractualistas. El nomos, según Schmitt, pasaría a ser “la decisión originaria”. Comprendiendo la visión de Estado que manifestaba Schmitt en *El concepto de lo político*. En este documento, el poder se puede empezar a observar como asciende desde lo más abajo posible, aumentando de esta forma la representatividad visible del Estado mismo.

Lo político en Schmitt, es anterior al Estado, lo político lo concibe antes de toda estructura Estatal. Para Schmitt, existe lo político porque es necesario el antagonismo, para que de esta forma exista un llamado total a la excepción. Al parecer Schmitt prefería nombrarlo de esa manera para poder sacarlo de toda fórmula construida posteriormente. Todos esos conceptos son anterior al Estado, pero a la vez estos conceptos son el Estado mismo, de esta manera muestra su contenido primario e irracional.

El mundo, para el jurista alemán, pasaría a ser una pluralidad de nomos en los cuales se lucha permanentemente manteniendo una tensión constante y el poder de la imagen del kat-echon sería el que lo protegería. Con esta fuerza invisible sus fronteras estarían a salvo, y a la vez se podrían extender para su protección. Para Schmitt, la palabra *nomos* se debe utilizar en un sentido primitivo e irracionalista, ya que esta nos permitirá desmarcarnos de los problemas científico-legales sobre la ordenación de espacio. Schmitt nos comenta:

[...] la palabra *nomos* es aplicable para nosotros porque tiene la propiedades proteger conocimientos que surgen de la problemática mundial actual contra un enredo positivista legal, sobre todo contra la confusión con palabras y conceptos de la ciencia jurídica intraestatal del siglo XIX. Es necesario recordar el sentido original y la correlación con la primera toma de la tierra. El *nomos* venidero de la tierra no será un redescubrimiento de instituciones primitivas, pero tampoco debe ser confundido, por otro lado, con el sistema normativo de la legalidad y la legalizaciones del siglo XIX (Schmitt, 2002: 34).

En Schmitt, no existiría un espacio unificado globalmente, no reconoce la globalización del mundo a su cabalidad, sino que por el contrario, quiere creer en una desunificación que guardan los territorios primarios, desarrollando de esta manera la idea de que existe una fuerza centrífuga constante, que provocaría el equilibrio de lo desequilibrado. En la actualidad, el *kat-echon* se convertiría irreversiblemente en una insostenible pluralidad de centros soberanos, protegidos cada uno de ellos por esta línea divisora fundamentada por su espacio originario (*nomos*) en el cual la tradición, la raza y la cultura serían las diferencias significativas para el desarrollo de la política.

Conclusión

Con todo lo antes dicho, se explicita que Schmitt construye nuevas imágenes míticas, que tienen como finalidad la movilidad y la acción de sus participantes dentro de un mundo opacado. Esto, serviría a Schmitt para la construcción de su concepción de lo político (mediante el término *amigos- enemigos*), en donde primaría el conflicto total. Es la desmesura que permite la representación y la idea de una crisis constante para poder pensar la excepción. En toda esta clase de construcciones se siguen manteniendo las imágenes anteriormente expuestas, en cada una de ellas se pueden encontrar implicaciones directas sobre este tema, no olvidando que la obra de Schmitt puede ser a primera vista dispersa y no sistemática. A pesar de esto, debemos aceptar que en lo que respecta al mito, estas imágenes parecen mantener una linealidad dentro de su obra. Ya que es imposible observar en la teoría de Schmitt al soberano no produciendo el Estado de excepción, el cual sea fundado en el decisionismo, y que este soberano no se encuentre con un mito-nación que lo resguarde en su accionar, y a la vez, sin que se pueda representar en el *nomos* y que este último no contenga la imagen primaria y poderosísima del *kat-echon*

como una fuerza limítrofe y mítica que lo protegerá de lo “otro”, de lo que se presenta distinto, del anticristo.

Schmitt no pretende con la herramienta irracionalista del mito guardarse en el ámbito conservador, sino que por el contrario, quiere presentarse como un revolucionario que toma partido por causas inmediatas, que está dispuesto a cambiar constantemente su entorno sin reflexión alguna, pretende dejarse llevar por la intuición. El mito político le permite a Schmitt tener esa desmesura, esa violencia que pretende detener el avance de un mundo abstracto y repleto de ideas sin vida. Schmitt, quería de alguna forma unirse a la vida misma, quería que el movimiento fuera eterno y para esto debía tener una idea cinematográfica del pensamiento, la cual se representara en el mito, esta debía estar en contra del mecanicismo y su cumulo de ilusiones. El jurista alemán pretendía con el mito llevar a cabo esa idea de que el hombre debía concebir las imágenes de su vida como si fueran construidas por medio de un calidoscopio, sería mirar una composición y pasar luego inmediatamente a una recomposición de las figuras. De esta forma, se lograría desarrollar todas nuestras energías, pues se encontrarían en un cambio constante las imágenes que nos movilizarían a determinados puntos, estarían eternamente recomponiéndose, serían irrepetibles unas con las otras. Las imágenes cobrarían vida porque siempre serían nuevas e inmediatas, pero esta razón estas mismas se convertirían en herramientas sumamente peligrosas en lo que respecta a la política.

Referencias bibliográficas:

- BERGSON, Henri (2011): *La evolución creadora*. Buenos Aires: Cactus.
- CUVILLIERE, Armand (1986): *Proudhon*. México D.F.: Fondo Cultura Económico.
- CIRIA, Alberto (2008): *Sorel*. Buenos Aires: Centro Editorial de América latina.
- GALLI, Carlos (2008): *La mirada de Jano*. Buenos aires: Fondo de cultura Económico.
- LUKÁCS, George (1959): *El asalto a la razón*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- SCHMITT, Carl (2009): *Teología política*. Madrid: Trotta.

- SCHMITT, Carl (2001): *Catolicismo y forma política*. Madrid: Tecnos.
- SCHMITT, Carl (2010): *La teoría política del mito*, en Yves Charles Zarka (coord.): *Carl Schmitt o el mito de lo político*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- SCHMITT, Carl (1998): *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- SCHMITT, Carl (2010): *El nomos de la tierra (el derecho de la gentes del ius publicum europaeum)*. Madrid: Comares.
- SCHMITT, Carl (1966): *La teoría del partisano*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- SOREL, George (2005): *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- SOREL, Georges (2012): *La descomposición del marxismo*. Madrid: Comares.